LITERATURA 'FRANZISKA LINKERHAND'

REFINAMIENTOS DE LA RDA

La novela de Brigitte Reimann es uno de los mejores testigos de la vida en la Alemania Comunista

LUIS ALEMANY MADRID

Aquellos que este año se quedaron con ganas de más *vieja Alemania* después de leer *Tú no eres como otras madres*, pueden apuntar otro título: *Franziska Linkerhand*, de Briggitte Reimann (Errata Naturae). Otra vez aparecen los mismos temas: el desclasamiento, la experiencia femenina, la opresión política, las delicadezas de la clase alta-intelectual... Lo que cambia es el momento: *Franziska Linkerhand* empieza donde acababa *Tú no eres como otras madres*, el día que el Ejército Rojo entró en Alemania y la familia Linkerhand descubrió que estaba en puertas de un mundo nuevo de *fraternidad socialista*. Su vida había caído del lado de la inminente RDA.

El aliciente y el conflicto de *Franziska Linkerhand* tiene que ver con las clases sociales: los Linkerhand son burgueses, para lo bueno y para lo malo: cultos, refinados, incisivos, convencionales... Vistos desde 2016, no están mal, pero en 1945 eran culpables de haber sobrevivido pulcramente al III Reich. La Alemania Democrática censuraba su cultura y Franziska, niña mimada, tenía que aclararse: ¿amaba u odiaba la biblioteca del padre, los techos altos de su casa, la irreverencia del hermano, los modales de la madre…?

«Para quienes, como Brigitte Reimann, habían vivido el nazismo de niños, la ruptura era una necesidad moral. Eran muy receptivos al proyecto socialista. [Pero] en la obra de Reimann, la crítica a la cultura burguesa es más sutil; se opone a sacrificar valores como la libertad individual o la tolerancia hacia la diversidad. En esta novela marca una distancia radical con el clasismo y la estrechez moral de la madre, pero reivindica el vitalismo epicúreo de la abuela. Y no sólo es refinamiento estético, es dinamismo ético».

Brigitte Reimann, autora de 'Franziska Linkerhand'. ERRATA NATURAE

Al habla, Ibon Zubiaur, el hombre que ha llevado al español *Franziska Linkerhand*: «De las obras que he traducido de Briggitte Reimann, *Los hermanos* es una introducción muy asequible (y es la mejor novela sobre la Alemania dividida). Pero su cumbre literaria es *Franziska Linkerhand*, una de las grandes novelas alemanas de la posguerra».

Desde hace años, de vez en cuando nos llega alguna película, algún libro que trata de la RDA y se nutre del encanto y la nostalgia *Ossie*. A veces, tienen gracia. Pero no hay que confundirse: *Franziska Linkerhand* no trata del juego del *vintage* comunista. Al contrario, va al tuétano de aquella época.

Por ejemplo, el tuétano de su arquitectura, el oficio que aprende Franziska en la universidad. ¿Alguien se ha perdido por la Karl Marx Alle de Berlín? Esa especie de Campos Elíseos que sale de Alexander Platz y que debe de ser la calle más desangelada de la ciudad... Su arquitecto, Hermann Henselmann, inspira uno de los personajes de la novela, el del maestro amado de Franziska. Su historia está llena de recovecos.

«El caso de Henselmann es complejo y fascinante», cuenta Ibon Zubiaur. «Como tantos arquitectos progresistas (se le había prohibido ejercer bajo el nazismo), creyó que con el nuevo régimen podrían plasmar los ideales igualitarios de la Bauhaus, pero las instrucciones de Moscú iban en la dirección contraria. Brillante y oportunista, se adaptó y construyó la Avenida Stalin [Ahora, Karl Marx]. Cuando las directrices volvieron a invertirse para exigir la construcción industrial en módulos prefabricados, se hizo la autocrítica y aunó la lucha por acaparar encargos vistosos con el impulso a los talentos jóvenes. Él inspiró como pocos *Franziska Linkerhand*, y su figura controvertida y deslumbrante reclama un juicio alejado del simplismo, como casi todo el mundo cultural de la RDA».

Ésa es, en el fondo, la idea que Zubiaur quiere transmitir sobre *Franziska*, sobre Briggite y sobre el conjunto de la cultura de la RDA (a la que ya dedicó el libro *Al otro lado del muro*). La realidad, explica, fue más complicada y no tan monolítica como tendemos a pensar: «El prejuicio que condiciona la recepción de la literatura alemana oriental es la existencia de una censura política. Precisamente en un país como España, que padeció 40 años de censura dictatorial, debería ser ocioso recordar que la censura nunca logra cercenar del todo la creatividad».

Y aquí habrá que hablar de Briggitte Reimann: «Siempre fue comprometida e independiente: se implicó por su sociedad como muy pocos, pero nunca se identificó con la voluntad homogenizadora del ré-

«QUIENES, COMO REIMANN, VIVIERON EL NAZISMO DE NIÑOS, ERAN RECEPTIVOS AL PROYECTO SOCIALISTA»

«SUS COLEGAS SÓLO VEÍAN A UNA MUJER ATRACTIVA, NO LA TOMABAN EN SERIO. ESO LE GENERABA MUCHA INSEGURIDAD»

gimen ni con la pacatería de sus funcionarios. Su relación con los colegas escritores era muy asimétrica: ella tenía el talento (reconocido por todos) de admirar sin envidia; demasiados de sus colegas (varones vanidosos) veían en ella sólo a la mujer extraordinariamente atractiva y no la tomaban en serio como autora, lo que le generaba mucha inseguridad. Hoy nadie recuerda a la mayoría, mientras que Brigitte Reimann es una autora de culto».

Reimann murió en 1973, cuando aún trabajaba en *Franziska Linkerhand*. Su última página está escrita bajo la influencia de la morfina que le daban los médicos.

CINE PREMIOS EFA DE EUROPA

MAREN ADE ARRASA SIN DAR EXPLICACIONES

Almodóvar se queda sin nada frente a la avalancha alemana de la comedia del año, 'Toni Erdmann'

LUIS MARTÍNEZ WROCLAW
ENVIADO ESPECIAL

«Sigo sin entenderlo muy bien. Mi película dura tres horas, no es exactamente una comedia y reconozco que la escena del desnudo es bastante incómoda». Así hablaba de *Toni Erdmann* Maren Ade. Es decir, su directora. El comentario se escuchó momentos antes de empezar la ceremonia a cuenta del éxito que ha ido cosechando, desde que se estrenara en Cannes, la película más peculiar, ácida y, pese a la declaración de su autora, divertida del año. Justo por tanto que la ganadora de la noche del Cine Europeo fuera la que fue. A pesar de su autora.

Se cumplía así el pronóstico o, cuanto menos, el pronóstico alemán. Alguien intentó el chiste del paseo militar, pero no, no era el momento. Cinco de las cinco estatuillas a las que optaba fueron para ella. Pleno. Guión, actor (Peter Simonischek), actriz (Sandra Hüller), directora y película. Faltó el honorífico a la escena peluda más disparatada (ya verán), pero eso quedó para otro año. Ya verán. Subió Ade al escenario, gritó, lloró, rió… Y «seguía sin entenderlo», repitió. Para situarnos y entender tanta incomprensión, conviene recordar que la película ganadora (que se estrena en enero) cuenta la historia, por resumirlo mucho, de un padre bromista y una hija amargada. De esta desusada y atípica manera, la directora se las arregla para sacar adelante una cinta tan extravagante como existencialmente dolorosa. Y no decimos absurda, por evidente. Y así. En efecto, de eso se trata, nada tiene sentido. Hemos llegado.

Pedro Almodóvar, por su lado, se tuvo que conformar con ser la persona más enfocada por las cámaras a lo largo de la noche. Con eso y con la reverencia de todos y cada uno de los que pasaron por el estrado. Para él, digamos, que se cumplió una profecía anunciada desde los lejanos tiempos en que el mismísimo Bergman tuvo a bien fundar la Academia del Cine Europeo de la mano de la maquinaria alemana (y ya sentimos el símil). Hablamos de una Academia presidida por un alemán (Wim Wenders), fundada por alemanes y con mayoría de alemanes entre sus miembros. Y eso que si algo se celebró la noche fue Europa frente al nacionalismo.

Y así trascurrió una noche dedicada a celebrar el más brillante sinsentido del año. Pese a todo. Pese a nacionalismos, desnudos y comedias que, en realidad, no lo son. *Toni Erdmann*, recuerden el nombre.